

Precios de suscripción

EN SAN SEBASTIAN
6 meses; 6 pesetas; 6 meses, 12; un año, 24
EN PROVINCIAS
6 meses; 9 pesetas; 6 meses, 18; un año, 36
EN EL EXTRANJERO
6 meses, 13 pesetas; 6 meses, 25; un año, 50

La Voz de Guipúzcoa

Claro Recubricada

Tarifa de publicidad

En primera plana, dos pesetas línea.
En noticias, una peseta línea.
En generales, sesenta céntimos línea.
Planes enteras y medias planas, artículos, comunicados y anuncios oficiales a precios convencionales.

TELEFONO URBANO: 0-24.
TELEFONO INTERURBANO: 9-80

Redacción, Administración y Talleres: San Marcial, 10

APARTADO DE CORREOS: núm. 44.
DIRECCION TELEGRAFICA: «VOZ».

Mar y puertos

MOVIMIENTO DE BUQUES

A primera hora de la tarde salieron de la dársena los vapores "Enara" y "Tofin García". El primero en lastre, marchó a Bayona. El otro, que con carga general se dirigía a Bilbao, sufrió una avería en la máquina y quedó fondeado en la bahía de la Concha hasta repararla.

Durante todo el día no se registró ninguna entrada.

En el puerto de Pasajes entraron con carga general los vapores "La Cartuja" y "Fronsac", procedentes de Ferrol y Burdeos, respectivamente. El "Enara" entró de arribada.

Salieron los vapores "Cirilo Amorós" con carga general, para Bilbao, y "Tanchin", en lastre, para San Esteban de Pravia.

LA PESCADERIA

No salieron ayer del puerto los vapores pesqueros. Hacía mal tiempo; los chubascos se sucedían con frecuencia y fuertemente. Soplabla el viento y la mar estaba alborotada. La pesca se hacía difícil.

Los vapores de rastra se hicieron a la mar, pero no fueron muy afortunados en las faenas pesqueras, pues regresaron por la noche con poco pescado.

En la Pescadería se efectuaron por la mañana las siguientes ventas:

- Merluza 846 kilos, de 4 a 4'10 pesetas el kilo.
- Merluza menor 938, de 3'60 a 3'70.
- Merluza mediana 1.035, de 3'30 a 3'40.
- Lenguados 49, de 7'60 a 8.
- Salmonetes 216, de 2'60 a 3.
- Congrios 319, de 2'10 a 3'15.
- Gallos 142, de 2'60 a 2'70.
- Marrajo 2717, de 1'50 a 1'55.
- Besugo 5.340, de 2'75 a 3'85.
- Panchos 199, de 2'40 a 2'50.
- Corcones 104, de 2'75 a 3.
- Pescadilla 11.581, de 2'60 a 3.
- Ordinarios 6.214, de 0'60 a 0'80.
- Angulas 416, de 6'50 a 6'70.
- Cigalas 178, de 2'45 a 2'75.

EL PORDIOSERO



—Don Antonio, unos cuantos diputados, por amor de Dios, para completar la mayoría.

—Que se los den en Llodio, hermano.

(Dibujo de SOLERO).

Cámara de Comercio

SU MEMORIA

Hemos tenido el gusto de recibir la Memoria emprensiva de la actuación de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Guipúzcoa, durante el año 1920.

En ella se detallan prolijamente todas las gestiones llevadas a cabo por la Directiva que preside nuestro respetable y querido amigo don Juan Córdoba, respecto a los conflictos de carácter social, en los de creación del impuesto del timbre a los específicos, en la protesta contra el aumento de las tarifas ferroviarias, en la consecución de material para el transporte de mercancías, contra el proyecto de ferrocarril París-Algeciras por los Aldudes; en otros muchos asuntos relacionados con ferrocarriles, transportes terrestres y marítimos, aduanas, elevación de derechos a los vinos españoles en Francia, comunicaciones

telefónicas entre Burgos y San Sebastián, peticiones de no consentirse la exportación de los aceites al extranjero, gestiones para que se encauce la creación de cooperativas por funcionarios del Estado, etc., etc.

Termina la Memoria con la grata noticia de que durante el año 1920 aumentó el número de socios de la Cámara, que hoy asciende a 302.

Por los estados de cuentas que a continuación publica se ve claramente que la situación de la Cámara es altamente halagüeña.

La Junta Directiva que regirá la Cámara durante el año actual, es la siguiente: Presidente, don Juan Córdoba; vicepresidente don Vicente Loidi; contador, don Luis Múgica; tesorero, don Ignacio Egüfa; vocales, don Gil Clemente, don José Azqueta, don José Urdampilleta, don José Aristizabal, don Javier Elcegui y don Dionisio Elzaurdi.

Artistas donostiarras

En el último baile celebrado en el Circolo Mercantil llamaron grandemente la atención unas notables caricaturas debidas al pincel de un joven artista donostiarras: Joaquín Tellechea.

Este ha sabido decorar las paredes del salón con caprichos pictóricos que acreditan su buen gusto artístico y hacen concebir muy bellas esperanzas sobre su porvenir en el mundo de la pintura.

En la caricatura—difícil modalidad del arte para la que se requieren una habilidad magistral y un ingenio fertilísimo—Tellechea demuestra poseer excelentes aptitudes.

Artistas ilustres como el maestro Sorolla—que se ha dejado caricaturizar por Tellechea en madera policromada—han descubierto ya en este joven artista las especiales aptitudes que señalamos.

Sirvan estas líneas de estímulo al novel artista donostiarras, a quien deseamos una carrera rápida y brillante.

Moto con sidecar

Vendo una preciosa, seminueva, marca Indian. Equipo eléctrico.

Macetero para vestíbulo

Vendo uno con una soberbia luna de dos metros de altura.

TODO LO VENDO

en Peñafloreda, 6, zapatería.

Catecismo de maquinistas y fogoneros

Esta obra es de gran utilidad para los que se dedican al manejo de toda clase de máquinas de vapor.

Ha sido publicada por la Asociación de Ingenieros de Lieja y traducida a español por J. Malgor, ex director de las minas de Reclm.

Se vende en la Administración de este periódico a 250 pesetas el ejemplar.

Teléfono número 4-12.

seducir a usted, Gilda. No se ría, Gilda, no. Usted no sabe aún de lo que soy capaz; usted ignora el suplicio de mis noches, la tortura de mis días; yo podía resignarme a no ser amado de usted; pero, ¿dejarla en poder de otro? ¡Ah! no; eso no lo admito. Por última vez, pues, le pregunto: Gilda, ¿quiere usted amarme?... ¿Consiente usted en amarme?

Gilda dirigió a Santi una mirada de feroz desprecio:

—¡Nunca!... ¡nunca!—exclamó.

Santi sintió un ímpetu de furor siniestro; pero aquel furor lo contuvo la fuerza de la misma violencia.

—Pues prepárese usted a morir—exclamó con sordo acento.

—Sí... prefiero la muerte antes de ser de usted...

Una sonrisa, que nada de bueno tenía, abrió los labios de Santi.

—Sí; morirá usted—dijo,—pero no sin que antes la haya tenido en mis brazos; no sin que antes sepa usted que su muerte será la pérdida del barón.

—Es usted un monstruo... es usted un malvado... y Dios le castigará.

Santi hizo un movimiento de hombros.

—Tiene usted todavía un minuto de tiempo para decidirse: amarme por su espontánea voluntad ó morir.

—Mi decisión está hecha: mátame usted.

—Y el barón irá a presidio.

—No me asustan sus amenazas; si se pierde el barón, se perderá usted con él.

—Se equivoca usted, Gilda; yo, dentro de pocas horas, estaré en salvo, mientras el barón será detenido como asesino de usted.

—¿Y las pruebas?

—Sólo el barón conoce el secreto de su habitación; el barón la tenía a usted relogada.

—Usted no piensa que Juan...

—Si fui yo quien por medio del barón le hice saber que su madre estaba moribunda.

—Pero el barón podrá probar que pasó la noche en el teatro.

Santi sonrió de nuevo de diabólica manera.

—Esto no será para él más que una agravante.

Ya sabe todo el mundo que el barón es el indivisible compañero y se dice hasta que el misterioso extranjero amante ó protector de la bella polaca. Nada más natural, por consiguiente, que haya querido desembarazarse de otra mujer que le fastidiaba.

Gilda oía aterrorizada, presa de mortal angustia, y Santi continuó:

—La he hecho saber ahora mi plan y ver la profundidad del abismo en que caerán usted y el hombre a quien ama. Ya ve usted, pues, que no tiene usted salida. ¿Usted que no es una tonta pretendiendo resistir aún?

El orgullo de Gilda estaba a punto de caer vencido. En su interior había creído ver la imagen del barón que, pálido y

triste, como en siniestro ensueño, parecía susurrarle al oído:

—Dices que me amas y me pierdes.

Pero en aquel momento Gilda vió ondular en los labios de Santi una sonrisa de triunfo. Aquella sonrisa le pareció un insulto, una burla de su dolor y despertó la indignación en ella.

Sus ojos echaban chispas, la tempestad que hasta entonces había roncado sordamente en el fondo de su alma, se disipaba, y tendiendo la mano, con ademán despreciativo, gritó:

—En vano me amenaza usted; en vano se empeña en aterrorizarme; realice usted su cobarde obra; no quiero mendigar su piedad, infame, asesino...

Santi con los puños cerrados y la espuma en los labios, se levantó de la silla y quiso arrojar encima de ella.

—¡No me toque usted, verdugo!—gritó la desdichada.

Y sacando fuerzas de su mismo terror, con un rápido movimiento hizo correr la poltrona al otro lado de la mesa.

Los dientes de Santi rechinaban como los de un tigre hambriento.

Entonces se entabló un pugilato de celeridad entre el miserable y la víctima, que daba calofríos. En un momento en que Santi estaba a punto de caer encima de la desgraciada, ella dió un grito y tiró la lámpara que se apagó en seguida.

La estancia quedó a oscuras; Santi lanzó una blasfemia.

—¡Ah! ¡tu crees escaparme!—dijo con

una especie de ronquera—pero yo sabré cortarte el camino. Mi oído es sordo a tus gritos, mis ojos no ven tus ansias, mis labios están sedientos de tus lágrimas. ¿Gilda dónde estás?...

La desgraciada, a pesar de su terror, logró sofocar sus sollozos; quería ganar la puerta poco a poco y escapar por ella.

Pero el ruido de las ruedas la delató.

No bien había dado la vuelta a la mesa cuando dos brazos la sujetaron.

—¡Socorro!... ¡Asesino!...—gritó Gilda tratando de desbacerse de aquellos brazos.

Pero no era cosa fácil librarse de ellos y si la luz no se hubiese apagado, al ver el rostro de Santi habría comprendido que no había para ella salvación posible.

En la sangrienta mirada de Santi relampagueaba un delirio furioso, una pasión despiadada; era un cuadro horrible el ver cómo se agitaban convulsos sus miembros, mientras su encendido rostro se acercaba al de Gilda.

—No te mataré en seguida; antes has de escucharme; hace demasiado tiempo que sufro tu resistencia; tu contacto aguijando en mis venas un fuego que no podría apagarse ni con las olas del mar. ¡Gilda! ¿por qué eres tan hermosa?

Los horribles gritos de la desgraciada no conmovieron a Santi; para que callara le cerró la boca brutalmente. Pero Gilda, loca de desesperación, loca de espanto, aferró aquella mano con los dientes. Y Gilda mordió furiosamente y sentía la